

NACION

El carnaval de la muerte

Detalles desconocidos de la escalofriante matanza de indigentes en los predios de la Universidad Libre de Barranquilla.

A LA 1:30 DE LA MADRUGADA DEL SABADO 29 de febrero, cuando los barranquilleros estaban metidos en las casetas y los clubes sociales gozando de las fiestas del carnaval, los indigentes de esta ciudad recorrían las desiertas calles en busca de desechos para vender a la mañana siguiente en las bodegas de Barlovento, donde operan las

empresas de reciclaje de cartón y lata. Uno de ellos era Oscar Hernández, un joven de 24 años que desde hace dos es cartonero. Esa madrugada pasaba frente a las instalaciones de la universidad cuando fue abordado por un hombre que vestía camisa roja y que se encontraba en la puerta del plantel educativo.

"Me gritó: -Negro, ¿tú recoges cartón? Allá atrás, en uno de los patios hay una montaña de cajas, entra y llévatelas. El hombre me abrió la puerta y me indicó con la mano hasta dónde tenía que ir. Con él estaban otras cuatro personas que me dijeron que me llevara todo lo que me sirviera. Cuando me agaché para recoger las cajas me descargaron un garrotazo en la cabeza. Me fui de cara al piso y quedé aturdido. Me seguían pegando. Otro me dio un garrotazo en un brazo y grité del dolor. Así continuaron golpeándome por unos minutos. Luego uno de

ellos dijo: ahora peguémosle un tiro, y oí cuando disparó el arma. Quedé tirado en el piso, pero sentí que todavía estaba vivo. Entonces pensé que si me quería salvar me tenía que hacer el muerto.

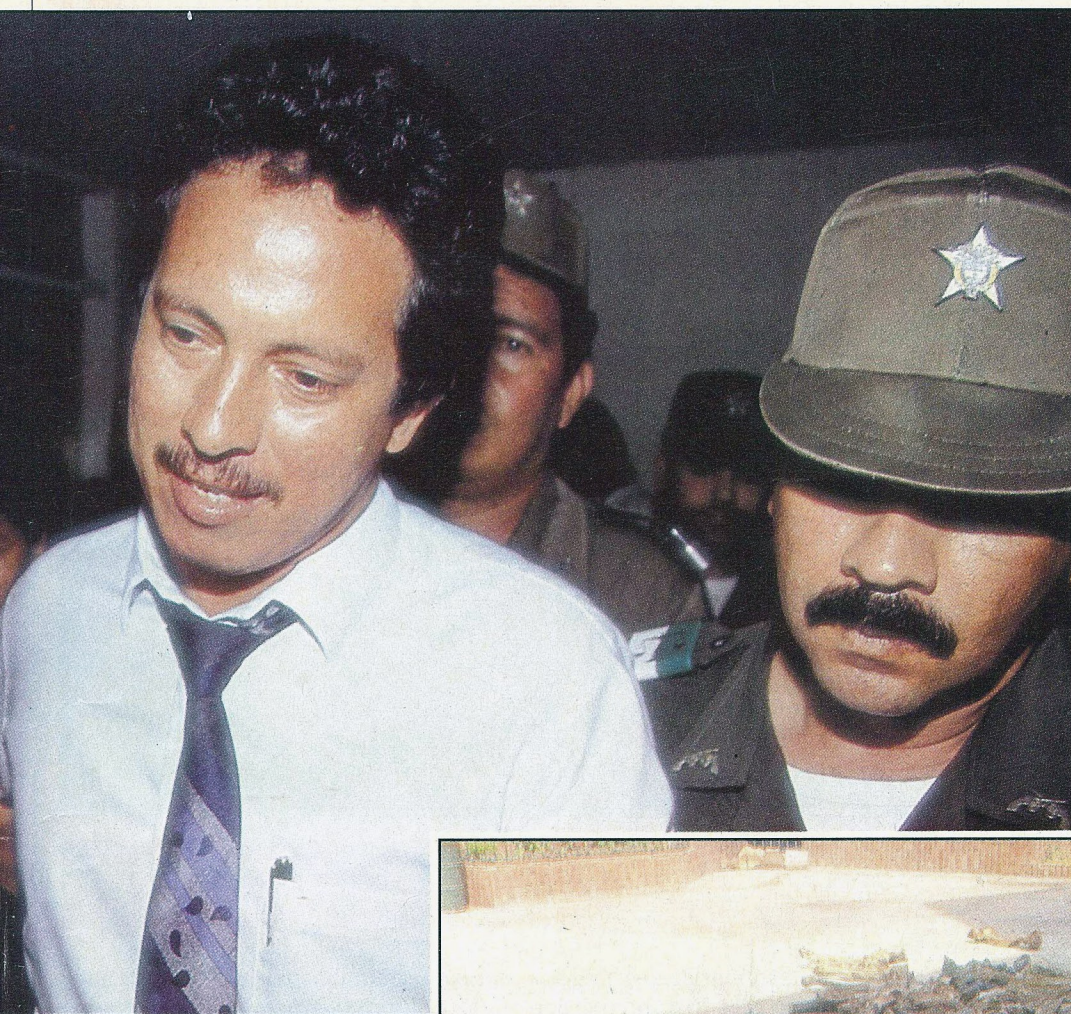
Me arrastraron por el piso y me llevaron a un cuarto frío, me subieron a una mesa de aluminio y uno de ellos dijo: este ya huele a cartón. Nos falta uno para completar la cuota. Luego salieron y cerraron la puerta. Yo permanecí quieto, sin moverme, pensé que alguien me estaba cuidando. De pronto comencé a oír gritos, quejidos y muchos golpes. Unos minutos después abrieron otra vez la puerta y vi cuando arrastraban a otra persona. La subieron



en otra mesa donde había un enorme cuchillo. Uno de ellos dijo: ahora si estamos listos, hay que empezar ya. Manos a la obra. Pero otro de ellos contestó: aguátemos. Ya están aquí, podemos dejar el resto del trabajo para toda la noche de mañana. Siguieron discutiendo y por fin decidieron irse. Cerraron las puertas, apagaron las luces y se marcharon.

■ Hasta el momento han sido implicados 14 empleados de la universidad

Yo continué sin moverme, esperando que todos se fueran. Cuando vi que no había peligro traté de pararme y quedé horrorizado con lo que vi a mi alrededor. En la siguiente mesa de aluminio estaba otro cartonero muy golpeado. El no se movía, pensé que estaba muerto. En el piso había como tres baldes con partes del cuerpo humano. Las paredes y el piso estaban manchadas de sangre. Me dio mucho miedo, a un lado estaban unas cube-



tas llenas de formol y hacía mucho frío. Como pude me levanté y vi en otra mesa un cuchillo de esos con que matan el ganado y un enorme garrote lleno de sangre y con partes de piel.

Cogí el palo y el cuchillo y me subí en otra mesa que estaba cerca de una ventana. Me asomé y eran como las seis de la mañana. Traté de abrir la ventana pero no pude. No quería hacer mucho ruido. Pensé que había gente afuera. Entonces me bajé de la mesa y fui hasta la puerta. Moví la cerradura y logré abrir. Salí corriendo y me escapé por el patio de atrás. Corrí como un loco en busca del CAI que queda a media cuadra de la universidad. Me encontré con un policía y le dije: oye, me trataron de matar en la universidad. Me pegaron un tiro y mire cómo tengo la cabeza y el brazo izquierdo. El policía estaba asustado. Qué le iba a creer a un cartonero, y me gritó: Negro, tú estás loco. Cuando a uno le pegan un tiro se

◆ **El sindicato Eugenio Castro Ariza:** Acusado de ser el cabecilla de la macabra organización

muere. Esa vaina no te la creo. Yo le contesté: mira, vamos a la universidad. Allá dentro hay otra persona que tiene dos tiros y tampoco está muerta. El policía por fin decidió acompañarme, pero cuando llegamos a la puerta de la Libre los celadores que estaban en turno del día no lo dejaron entrar. El policía se comunicó por radio con la central y pidió refuerzos.

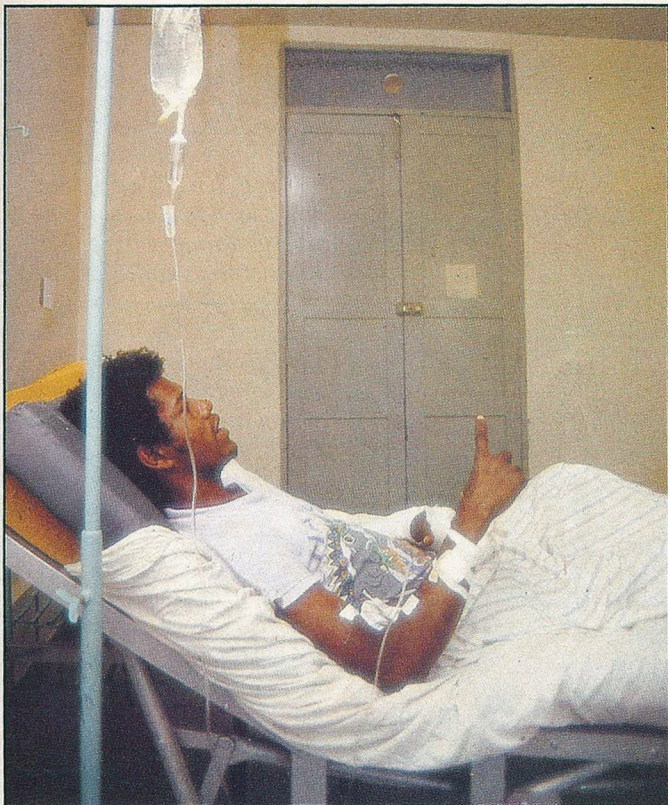
Entramos como a las siete de la

mañana a la universidad y yo les mostré dónde me habían pegado. Había rastros de sangre y las huellas de mi cuerpo cuando lo arrastraron hasta la sala donde me metieron. Cuando ellos abrieron la puerta todo era terrible. Había vísceras humanas por todas partes. Mucha sangre y oía muy maluco. A mi compañero lo encontramos muy mal. Entonces decidieron llamar a una ambulancia y nos llevaron al hospital”.

Nadie se explica cómo se salvó Oscar Hernández. El tiro de gracia que le hizo a quemarropa uno de los celadores de la universidad, apenas rozó su oreja derecha y los garrotazos que recibió en la cabeza, suficientes para acabar con su vida, sólo le ocasionaron una conmoción cerebral. El relato que entregó el basuriego a las autoridades puso al descubierto el macabro negocio que se había montado en el interior de la universidad. Ese día los investigadores descubrieron en el anfiteatro los cadáveres de 10 personas, todas ellas indigentes, y partes de cuerpos de por lo menos 40 más.

Lo ocurrido a Oscar Hernández era parte de esa macabra historia. Cuatro días antes -25 de febrero- un taxi amarillo ingresó a la media noche a los predios de la universidad. En su interior iban los cuerpos, maniatados, de dos basuriegos que minutos antes habían sido atacados y muertos a punta de garrote en el cementerio central, donde pasaban la noche.

Los dos cadáveres fueron llevados al interior del anfiteatro por los cuatro celadores que se encontraban esa noche de turno y que habían participado en la cacería de los indigentes. Allí los estaba esperando Santander Sabalza Estrada, un hombre analfabeta que llevaba 17 años de servicios en la universidad y que desde hace dos años era el encargado de



Oscar Hernández: "Me pegaron un tiro, quedé tirado en el piso pero sentí que todavía estaba vivo"

Pedro Vilora: "Por cada cadáver se pagaban 170 mil pesos"

"arreglar" los cadáveres que ingresaban a la morgue. En las siguientes cuatro horas, antes del amanecer, Sabalza y sus cómplices tenían que descuartizar los cuerpos, seleccionar los órganos y colocarlos en recipientes especiales para conservarlos en cuartos fríos. Y, por último, debían dejar la mesa de "cirugía" en orden, como si allí no hubiera pasado nada. Pero en la noche del martes 25 las cosas no salieron bien. Todo se complicó porque uno de los ayudantes se desmayó ante la macabra escena.

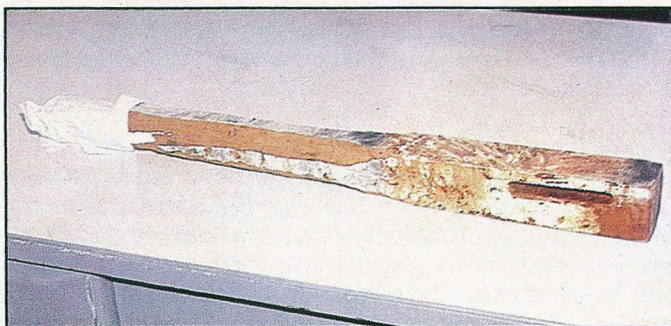
Cuando se disponían a continuar su tarea, se dieron cuenta de que estaba amaneciendo y que todavía les faltaba más de la mitad del trabajo. Entonces decidieron cubrir con pintura los rastros de sangre que había en el piso y en las paredes, y echar la ropa de los "desechables" en las canecas de la basura a las que posteriormente les prendieron fuego. Lo que quedaba de los cuerpos lo trasladaron a las cubetas de formol, los cubrieron con sábanas y

acordaron que terminarían el trabajo en la noche del miércoles 26. Luego se cercioraron de que nadie estuviera en la universidad para abandonar sus instalaciones.

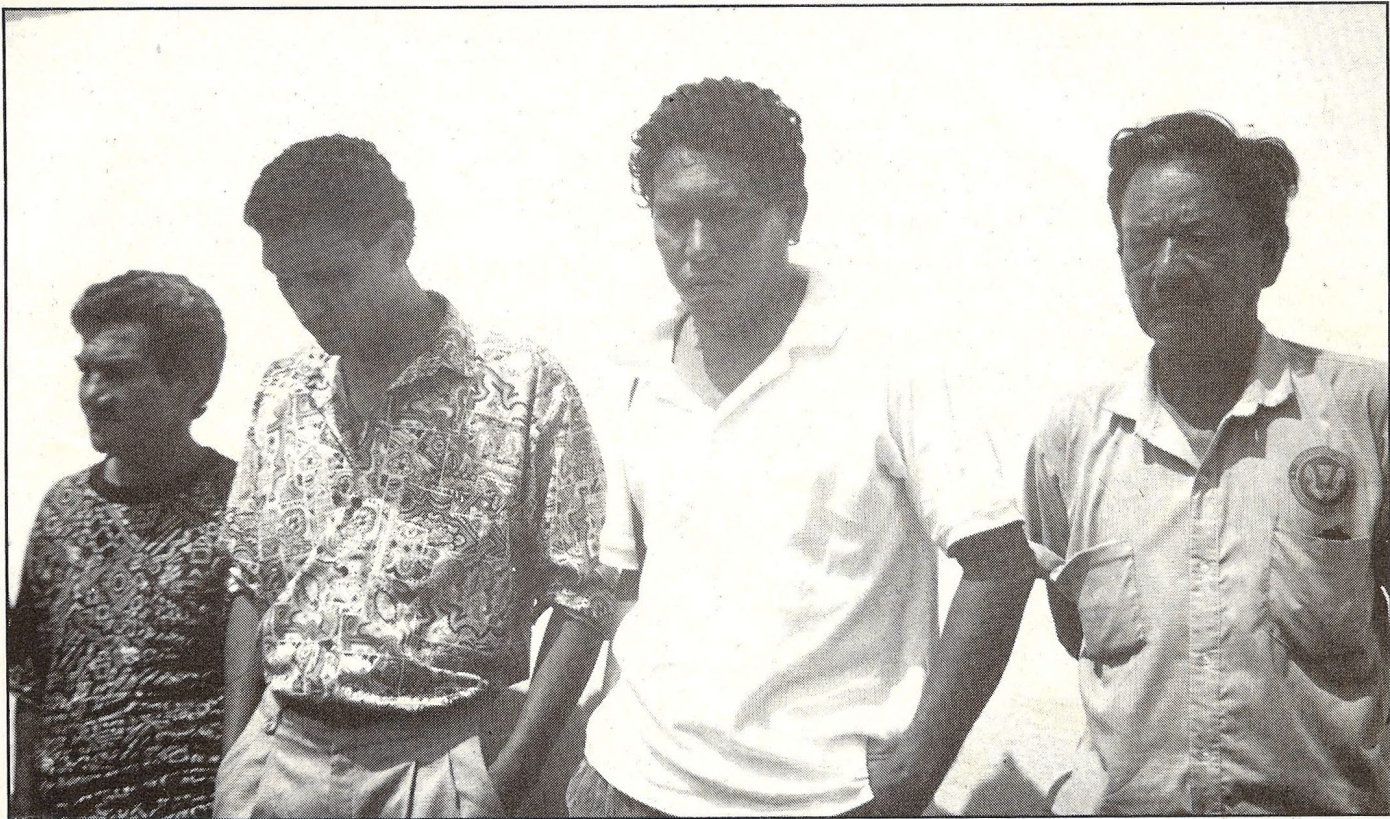
A las siete de la mañana del 26, una de las aseadoras comenzó su labor de limpieza en uno de los patios aledaños al anfiteatro. Cuando se disponía a desocupar las canecas de la basura encontró trozos de ropa chamuzcados y con huellas de sangre. También descubrió manchas más notorias en los pasillos, cuyo

rastro terminaba en la entrada del anfiteatro. La mujer, que lleva varios años como empleada de la universidad, quedó petrificada al descubrir detrás de una de las puertas de acceso a la morgue, dos baldes repletos de sangre con restos de órganos humanos. Aún horrorizada por lo que había visto, se dirigió a las oficinas de la administración de la universidad donde se encontró con el síndico-gerente, Eugenio Castro Ariza, a quien informó del macabro hallazgo.

"Ella no podía ni hablar. Estaba aterrorizada. Lentamente se recuperó y le contó al síndico lo que acababa de descubrir. Lo que a mí me impresionó fue que ese señor se quedó tranquilo, sin darle importancia al asunto, y se limitó a decir que iba a investigar con la facultad de medicina qué era lo que estaba ocurriendo. Esa vaina no me gustó, había algo raro en todo esto y decidí seguir de cerca los pasos del directivo. Hasta donde pude establecer él nunca aclaró nada y le pidió a la aseadora que no



Con este garrote se golpeaba a las víctimas antes de darles el tiro de gracia.



Los celadores: Su trabajo era seleccionar las víctimas, ejecutarlas y buscar a los compradores de órganos

se volviera a referir al tema", señaló a SEMANA uno de los testigos que pidió reserva de su nombre por temor a represalias.

En un país que ha sido sacudido por masacres, bombas, asesinatos y terrorismo, donde la violencia parecía haber tocado fondo, la forma fría, premeditada y brutal de estos crímenes ha causado conmoción nacional. La muerte a garrote de por los menos 50 indigentes a manos de empleados de una universidad, quienes recibían pagos, como hasta ahora se desprende de las investigaciones, por parte de un miembro de la administración de la universidad, no tiene antecedentes en la historia del país. Y mucho menos cuando los cuerpos eran utilizados paradójicamente para que los estudiantes de medicina aprendieran a salvar vidas. Por eso, lo ocurrido en Barranquilla ha sido comparado con el exterminio de judíos en los campos de concentración nazis.